

solía contar Madama de la Tour ó Margarita la historia de varios caminantes extraviados en los bosques europeos, infestados por la mayor parte de ladrones, ó el naufragio de alguna nave arrojada por la tempestad contra las rocas de una isla desierta; y con aquellas relaciones se inflamaban mas y mas las almas sensibles de sus hijos, y rogaban al cielo les otorgase la gracia de poder exercitar algun dia la hospitalidad con semejantes desgraciados. A cierta hora se despedian las dos familias, para ir á reposar, mas siempre con la impaciencia de volver á verse al dia siguiente. Algunas veces se quedaban dormidos al ruido de la lluvia que se degajaba á mares sobre el techo de sus cabañas, ó de los vientos impetuosos que les traían desde lejos el murmullo de las olas estrelladas contra los peñascos de la ribera; y en tales casos bendecian al autor de la naturaleza por la seguridad de sus personas, siendo tanto mayor su reconocimiento, quan-

to se consideraban mas distantes del peligro.

De quando en quando leía Madama de la Tour en comunidad algun pasage tierno de la historia del antiguo ó nuevo Testamento, y se enardecían sus almas con la contemplacion de las cosas celestiales. Su moral no era especulativa, sino práctica como la del evangelio; no habia entre ellos dias destinados para la alegría, ni para la tristeza, sino que todos eran igualmente llenos y festivos para sus corazones. La naturaleza entera era para ellos un templo augusto donde admiraban sin cesar una inteligencia infinita, omnipotente y amiga de los hombres; y este sentimiento de confianza en el poder supremo los llenaba de consuelo respecto de lo pasado, de valor para lo presente, y de una dulce esperanza para lo venidero. Así es que estas mugeres, precisadas por los infortunios á seguir el orden de la naturaleza, hallaron

en sí mismas, y excitaron en sus hijos estos sentimientos que inspira en todos la misma naturaleza para preservarnos de que seamos desgraciados.

Pero, como muchas veces en las almas mas bien acondicionadas y de mejor temple suelen levantarse nubes que perturban su serenidad, quando alguno de la familia se mostraba triste, se reunian todos á fin de distraer su animo, y no paraban hasta conseguirlo, mas bien con obras, que con reflexiones, empleando cada qual en esto su carácter particular: Margarita, su alegría y viveza natural: Madama de la Tour, una moral dulce: Virginia, tiernas caricias: Pablo, franqueza y cordialidad; y hasta Domingo y María contribuían por su parte contristándose con el que veían llorar. A este mismo modo las plantas débiles entretexen unas con otras sus ramas, para oponer mas resistencia al ímpetu de los uracanes.

En tiempo sereno iban á misa todos los dias festivos á la Iglesia de las Pamplenas, cuya torre veis allá abaxo en el llano, á donde concurrían colonos muy poderosos, conducidos en hombros de esclavos, algunos de los quales se empeñaron varias veces en tener conocimiento y trato con aquellas familias tan unidas, convidándolas á diversiones y partidas de campo. Pero ellas desecharon siempre sus ofrecimientos con cortesanía y respeto, persuadidas de que los ricos solo buscan á los pobres para tener complacientes, y que es imposible ser complaciente sino adulando las pasiones de otro, buenas ó malas. Por otra parte evitaron con no menor cuidado la familiaridad con los colonos medianamente acomodados, por lo comun, envidiosos, murmuradores y groseros. Al principio pasaron por tímidas en el concepto de los primeros, y por altaneras en el de los segundos; pero su conducta reservada, estaba acompañada de

tales demostraciones de urbanidad y atención, particularmente para con los miserables, que insensiblemente se conciliaron el respeto de los ricos, y la confianza de los pobres.

Comunmente al salir de misa iban á buscarlas las gentes desvaldadas para que exercieran con ellas algun oficio de caridad; y ya se presentaba un afligido pidiéndoles consejo, ya un niño que les rogaba con lágrimas pasasen á visitar á su madre enferma en alguna de las aldeas de la comarca. A este fin llevaban siempre consigo varias recetas de remedios caseros, los mas acomodados para la curacion de las enfermedades del país, y las distribuían con aquel agrado que da tanto precio á los menores servicios. Sobre todo, tenían particular talento para disipar las penas é inquietudes del ánimo, tan insoportables en la soledad y en un cuerpo enfermo. Madama de la Tour hablaba con tanta confianza de la Divinidad, que oyéndola discurrir así

los pacientes, les parecia que la tenían allí presente. Virginia volvía comunmente de aquellas visitas, con los ojos arrasados de lágrimas, pero con el corazon penetrado de alegría, porque habia tenido ocasion de hacer bien. Ella era la que disponia de ante mano los remedios necesarios para los enfermos, á los cuales se los administraba con indecible afabilidad y buen afecto.

Despues de estas visitas de caridad, alargaban á veces su camino por el valle de la MONTAÑA-LARGA hasta mi posesion, donde yo las esperaba á comer á las orillas del riachuelo que pasa por las inmediaciones; y para aquellos casos procuraba tener reservada alguna botella de vino añejo, á fin de aumentar la alegría de nuestras comidas Indianas, con estas dulces y pectorales producciones de la Europa. Otras veces nos citábamos para la playa del mar, en la desembocadura de algun rio de los que en esta isla solo merecen el nombre de



grandes arroyos, adonde llevábamos de nuestra casa provisiones vegetales que juntábamos á las que el mar nos suministraba en abundancia; en cuyas riberas pescábamos barbos, salmoneles, pulpos, langostas, esquines, cangrejos, ostras y mariscos de toda especie. Muchas veces los sitios mas terribles por su naturaleza, nos proporcionaban los placeres mas tranquilos. Sentados por lo comun sobre un peñasco, á la sombra de un sauce, veíamos venir desde muy lejos las olas del mar á estrellarse á nuestros pies con horrible estrépito. Pablo, que por otra parte nadaba como un pez, se internaba á veces en la playa, saliendo al encuentro á las olas; y quando estas se acercaban huía ácia nosotros, delante de sus grandes volútas (44) ó roléos espumosos y bramantes, que le perseguian gran trecho tierra adentro. Pero Virginia toda inmutada al ver aquello, daba agudísimos chillidos, y decia que semejantes juegos le causaban mucho sobresalto.

A nuestras comidas se sucedian los cánticos y danzas de los dos jóvenes. Virginia cantaba la felicidad de la vida campestre, y las desgracias de los marineros, á quienes incita la codicia á navegar sobre el furioso elemento, en lugar de dedicarse al cultivo de la tierra que da apaciblemente tantos bienes. A veces executaba con Pablo alguna pantomima al modo de los negros. La pantomima es el primer language del hombre, conocida de todos los pueblos, y tan natural y expresiva, que los hijos de los blancos suelen aprehenderla, á poco que la vean practicar á los de los negros. Virginia, trayendo á la memoria las historias leídas por su madre que mas impresion le habian hecho, representaba con mucha naturalidad los principales sucesos de ellas. Unas veces al son del tambor de Domingo, se presentaba en la era de su casa con un cántaro vacío en la cabeza, y se acercaba con timidez á la fuente inmediata, en ademan de

ir á coger agua. Domingo y María, haciendo el papel de los pastores de Madian, se oponían á su paso, y asiéndola del brazo, aparentaban que la echaban de allí. Llegaba en esto Pablo de repente á su defensa, contenía á los pastores, llenaba el cántaro de Virginia, y poniéndoselo en la cabeza, ceñía su frente con una corona de pervinca ó yerva doncella, que daba nuevo realce á la blancura de su rostro. Entonces prestándome yo á sus juegos, me encargaba de hacer el personage de Raquel, y concedía á Pablo mi hija Séphora en matrimonio.

En otras ocasiones representaba á la infeliz Ruth, quando volvió viuda y pobre á su país, donde despues de una larga ausencia se vió tratada como forastera. Domingo y María representaban los segadores: Virginia figuraba que iba recogiendo detrás de ellos las espigas dexadas aquí y allí; y Pablo imitando la gravedad de un Patriarca, le hacía varias

preguntas, á que ella respondia como temblando de miedo. Movido al fin de compasion concedía asilo á la inocencia, y hospitalidad al infortunio: llenaba el delantal de Virginia de toda suerte de provisiones, y la conducía á nuestra presencia, como ante los ancianos del pueblo, declarando que la elegía por esposa á pesar de su indigencia.

Madama de la Tour, representándosele vivamente con esta escena el abandono de sus mismos padres, su viudez, y el buen recibimiento que habia tenido de Margarita, acompañado á la sazón de la esperanza de un dichoso himenéo entre sus hijos, no podia dexar de llorar; y este confuso recuerdo de males y de bienes, nos hacía derramar á todos lágrimas mezcladas de gozo y de sentimiento.

Se representaban estos dramas con tanta propiedad, que yo me creía transportado á los campos de la Syria ó de la Palestina. Ni faltaba la decoracion, iluminacion y or-

questra conveniente á semejante espectáculo ; pues el lugar de la escena era , por lo comun , en el centro de un bosquecito , cuyas entradas formaban al rededor de nosotros , muchas galerías de frondosidad y de follage , donde pasábamos la mayor parte del día resguardados del calor. Mas quando el sol se aproximaba al horizonte , sus rayos refractados en los troncos de los árboles , se hacian divergentes (45) entre las sombras de la floresta , en largos manojitos luminosos que producian el efecto mas apacible y magestuoso. Algunas veces presentándose su disco entero al extremo de una calle , la hacía parecer toda ella como de fuego. Las hojas de los árboles iluminadas por la parte inferior con sus rayos azafranados , brillaban á manera del topacio y la esmeralda ; y sus pardos y mohosos troncos parecian como convertidos en columnas de un bronce antiguo. Las avecitas retiradas en silencio , debaxo de la frondosa hoja , para pa-

sar allí la noche , sorprendidas de volver á ver una segunda aurora , saludaban todas auna al astro del dia con mil y mil cantares diferentes.

La noche nos sorprendia muy á menudo en estas fiestas campestres ; pero la pureza del ayre y lo templado del clima nos permitía dormir en medio del campo , debaxo de un árbol , sin el menor recelo de ladrones , ni allí , ni en nuestras casas , á donde volviendo cada uno el dia siguiente , la hallaba como la había dexado. Tal era en aquel tiempo la buena fé que reynaba en esta isla sin comercio , que las puertas de la mayor parte de las casas no se cerraban con llave , y una cerradura era un objeto de curiosidad para muchos criollos.

Pero en el discurso del año habia dias para Pablo y Virginia del mayor regocijo , que eran los del cumple-años de sus madres. Virginia no dexaba de amasar , y cocer la vispera tortas de flor de harina para



las pobres familias de aquellos blancos nacidos en la isla, que no habiendo probado jamás pan europeo, des- tituidos de todo auxilio por parte de los negros, y reducidos á alimentarse de la yuca (46) en medio de las selvas, no tenían para sobrellevar la miseria, ni la estupidez compañera de la esclavitud, ni el valor que inspira la educacion. Estas tortas eran el único regalo que la situacion de su familia le permitia hacer á Virginia; pero las repartia con tal agrado, que les añadia un precio y condimento extraordinario. Pablo era el que se encargaba de llevarselas á sus mismas habitaciones; y las pobres familias reconocidas, prometian, al tiempo de recibirlas, ir á pasar todo el dia siguiente en casa de Madama de la Tour y Margarita. Allí era ver llegar una madre con dos ó tres hijos amarillentos, descarnados, y tan tímidos que apenas osaban levantar los ojos. Pero Virginia al punto los colocaba comodamente, y les ser-

via ciertos refrescos, cuya bondad realzaba ella por alguna circunstancia particular, que en su concepto, acrecentaba su valor, diciéndoles: "Este licor lo ha hecho Margarita: este otro mi madre: mi hermano ha cogido por su misma mano esta fruta en la cima de un árbol." Y otras cosas á este modo.

Después incitaba á Pablo á que les hiciera baylar, y no se apartaba de su lado mientras no los veía satisfechos y contentos. Todo su empeño era que estuvieran alegres con la alegría de su familia, y decía: "No es posible hacer la felicidad propia, sin ocuparse en la de los demas." Y así, quando se habian de volver á sus habitaciones, les ofrecia aquel mueble ó muebles á que los habia visto inclinados desde el principio, cubriendo la necesidad de que agradecieran sus dádivas, con el pretexto de su singularidad ó extrañeza. Si los veía muy andrajosos, es cogia algunas de sus ropas viejas, y man-

daba á Pablo las fuese á poner secretamente á la puerta de sus casas, con el permiso de su madre. De este modo hacía el bien, á exemplo de la divinidad, mostrando el beneficio, y ocultando la mano bienhechora.

Vosotros los europeos, cuya alma se llena desde la infancia de tantas preocupaciones contrarias á la felicidad, no podeis concebir que la naturaleza sea capaz de proporcionar tantas luces y placeres. Vuestro espíritu ceñido á una estrecha esfera de conocimientos, toca bien pronto al término de sus gustos artificiales; pero la naturaleza y el corazón son inagotables. Pablo y Virginia no tenían relojes, ni almanaques, ni libros de cronología, de historia ni de filosofía. Los periodos de su vida se arreglaban por los de la naturaleza: conocían las horas del día por la sombra de los árboles: las estaciones por el tiempo en que dan sus flores ó frutos; y los años por el número de sus cosechas. Estas dulces

imágenes hacían muy delicioso su modo de expresarse: "Ya es hora de comer, decía Virginia á los suyos, pues á los banáños les da la sombra á los pies: se acerca la noche porque los tamarindos cierran sus hojas. ¿Quando vendrás á vernos, le preguntaban algunas amigas de las inmediaciones? Para las cañas del azúcar, respondía Virginia. Tu vista, contextaban las muchachas, será para nosotras tanto mas gustosa y apreciable."

Quando le preguntaban su edad y la de Pablo, respondía: "Mi hermano tiene los mismos años que el cocotéro alto, y yo que el mas baxo: los mangles han dado doce veces su fruto, y los naranjos veinte y quatro veces la flor desde que estoy en este mundo." De suerte, que su vida parecía que estaba identificada con la de los árboles, como la de las Driadas y Faunos (47). No conocían mas épocas históricas, que las de las vidas de



sus madres, otra cronología que la de sus vergeles, ni mas filosofía que el hacer bien á todos, y resignarse á la voluntad de Dios.

Pero, de buena fé ¿qué necesidad tenían estos niños de ser sabios y ricos al modo que nosotros lo somos? Sus mismas necesidades é ignorancia aumentaban en cierto modo su felicidad, y no habia dia para ellos en que no se prestasen uno á otro oficios de la mas tierna amistad. Ellos crecian en edad y experiencia, siguiendo fielmente las leyes de la naturaleza y de la religion, sin que ningun cuidado arrugára su frente, ninguna intemperancia corrompiera su sangre, ninguna pasion funesta depravára su corazon. El candor, la inocencia, la piedad y el amor, desplegaban de dia en dia la belleza de sus almas en gracias inefables, expresadas en todas sus acciones, actitudes y movimientos.

En medio de esta felicidad que gozaban los dos jóvenes, empezó

Virginia á experimentar sucesivamente una especie de melancolía. La edad de las pasiones produce en el hombre una metamorfosis ó transformacion extraña, que causa tantos bienes ó tantos males; segun el impulso y direccion de las circunstancias. Virginia era víctima de sí misma, sin conocerlo; y en aquel estado ni sabia á qué atribuir la inquietud interior que experimentaba, ni sentia aquella alegría, que desde la niñez la habia acompañado. Sus ojos se marchitaron insensiblemente, la palidez fué cubriendo su rostro, y una languidez y desmadejamiento universal acabaron de apoderarse de todo su cuerpo.

Bien penetraba la madre la causa del mal de su hija, pero como prudente y experimentada, le decia: "Diríjete á Dios, hija mía, que es quien dispone á su arbitrio, de la salud y de la vida de los mortales, y quiere experimentar hoy tu constancia para premiarte mañana: acuérdate,

de que no hemos venido á este mundo, sino para exercitar la virtud."

En este intermedio los excesivos calores que de tiempo en tiempo desuelan las tierras situadas entre los trópicos, vinieron á exercer aquí sus estragos. Quando el sol toca al signo de capricornio á fines de diciembre, sus ardientes rayos cayendo verticalmente sobre la isla de Francia, la abrasan por espacio de tres semanas consecutivas, causando en toda ella un calor extraordinario. Los vapores del océano elevados por la intension de los rayos solares, cubrieron un dia toda la isla como un vasto para-sol, de resultas de haber calmado el viento sudeste, que es el que reynando aquí casi la mayor parte del año, disipa las tempestades. Las cimas de los montes cubiertas de estos negros vapores despedian de sí globos de fuego; y los bosques, el llano y los valles resonaban con los horribles truenos de las nubes agitadas. Bien pronto comenzaron á caer

torrentes de agua, como si de par en par se hubiesen abierto las cataratas del cielo. Los arroyos espumosos baxaban precipitados por las quebradas de este monte, formando un mar de todo el valle; una isleta de esta esplanada donde están las cabañas, y de este valle una esclusa por donde salian mezclados indistintamente con las tumultuosas aguas, los árboles, las tierras y los peñascos.

Toda la familia intimidada se encomendaba á Dios en la cabaña de Madama de la Tour, cuyo techo crugía horriblemente con la violencia de los ayres; siendo tan fuertes y repetidos los relámpagos que entraban por las rendijas, que sin embargo de que todas las puertas y ventanas estaban bien cerradas, se distinguia con el resplandor quanto habia dentro de ella. Pablo intrépido como él mismo andaba con Domingo de cabaña en cabaña, á pesar del furor de la tempestad, apuntalando aquí una viga, y fixando allí una

estaca ; y si alguna vez entraba en la de Madama de la Tour , solo era con el fin de consolar á la familia con la esperanza próxima de la serenidad deseada. En efecto , á la tardcita cesó la lluvia , y tomó su curso ordinario el ligero viento del sud-este ; los nubarrones tempestuosos corrieron ácia el nordeste , y apareció en el horizonte el sol poniente.

El primer deseo de Virginia fué ir á ver el lugar de su RECREO. Pablo se acercó á ella con cierto ayre de timidez , y le presentó el brazo para ayudarla á caminar. El ayre ya era fresco y sonóro , y en las cimas del monte surcado en varias partes de la espuma de los torrentes , que sensiblemente iban menguando , se elevaban blancos vapores , anúncios de la serenidad. Todo el jardín estaba trastornado , desarraigados la mayor parte de los árboles , y los prados cubiertos de arena. Solamente los dos cocoteros se conservaban verdes é intactos , sin que hubiesen quedado en

sus alrededores , ni céspedes , ni emparrados , ni pájaros , á excepcion de algunos bengalíes que en las extremidades de las vecinas peñas lloraban la pérdida de sus hijitos con acento lamentable.

A vista de tanta desolacion , dixo Virginia á Pablo : " Ya ves como el uracan ha quitado la vida á los pajaritos que tú traxiste á este sitio , y como ha destruído el jardín hecho por tu mano. En esta vida no hay cosa que no sea precedera , y solo son inmutables las del cielo."

" Que no tuviera yo para podérte-la ofrecer , le contextó Pablo , alguna cosa del cielo ! pero es tanta mi pobreza , que ni siquiera poséo la menor prenda de valor sobre la tierra." " Bien lo sé , replicó ella , medío sonrosada , pero tú tienes la efigie de San Pablo." No bien oyó aquello Pablo , quando echó á correr en busca del retrato que tenia en casa de su madre.

El retrato era una especie de mi-



niatura, que representaba á San Pablo primer hermitaño, á quien Margarita profesaba particular devocion; y despues de haberlo llevado muchos años al cuello, siendo soltera, se le puso al hijo, luego que fué madre. Sucedió tambien que estando ella en cinta de Pablo, y viéndose desamparada de todos, (á fuerza de contemplar en la imagen del Santo Anacoreta) se le parecia en alguna manera su hijo Pablo; cuya circunstancia la habia decidido á ponerle su nombre, y darle por patron un Santo que pasó su vida apartado del mundo y lejos de los hombres, los quales, despues de haberle seducido, pérfidamente le abandonaron. Virginia al recibir aquella efigie de mano de Pablo, le prometió no quitársela del cuello, mientras viviera, ni olvidar que Pablo le habia dado la única prenda que poseía sobre la tierra.

En este intermedio instaba Margarita á Madama de la Tour á que tratáran de casar á sus hijos, en aten-

cion á la pasion con que se miraban, y á la edad que ya tenian proporcionada para el efecto, evitando de esta manera los riesgos comunes á que estaban expuestos. Pero Madama de la Tour, le respondió: "Todavía son demasiado jóvenes y pobres para eso. ¡Qué sentimiento no tendríamos en ver á Virginia cargada de hijos, que tal vez no podria criar por falta de fuerzas! Vuestro negro Domingo ya está bastante cascado, y María enferma: por otra parte, amiga mia, yo me siento muy débil y deteriorada, al cabo de quince años que vivo en un clima ardiente, como éste, donde se envejece mas pronto que en los frios, y mucho mas con los quebrantos y pesares. Pablo es nuestra única esperanza, y debemos aguardar por lo mismo á que medre y adquiera el vigor necesario para que sea capaz de sostener nuestra vejez. En el dia bien sabeis que solo tenemos lo necesario para vivir: dentro de poco dis-

pondremos que Pablo páse á las Indias por cierto tiempo, donde adquiera con el comercio la suficiente cantidad de dinero para comprar un esclavo; y á la vuelta le casaremos con Virginia, pues considero que es el único hombre que puede hacer feliz á mi amada hija. Mas esto lo consultaremos despues con nuestro vecino."

En efecto, habiéndolo hecho ellas así, fué de su mismo dictamen, y les dixé que los mares de la India eran muy bonancibles, particularmente sabiendo elegir la estacion proporcionada para el embarco, en cuya navegacion se tardaba seis semanas, quando mas, á la ida, y casi lo mismo á la vuelta: que yo buscaría persona que habilitase á Pablo, pues era estimado de quantos le conocian; y que aun quando no le diésemos mas que algodón en rama, del qual no se hace en esta isla ningun uso por falta de máquinas para limpiarlo; palo de ébano, tan comun aquí

que se usa para la lumbre, y algunas resinas, que se pierden en nuestros bosques; todo esto lo vendería en las Indias á un precio mas que moderado. Me encargué al mismo tiempo de pedir á Mr. de la Bourdonais el pasaporte para el viaje, y antes de todo quise tratar con Pablo este pensamiento.

Pero me quedé absorto de admiracion quando este jóven me dixo, con una madurez muy superior á sus años: "¿Por qué queréis que yo dexé á mi familia, por no sé qué proyecto de fortuna? ¿Hay por ventura en el mundo un comercio mas lucrativo que el cultivo de la tierra que da cincuenta, y aun ciento por uno? Si queremos comerciar ¿no podremos hacerlo llevando á vender á Puerto-Luis lo que nos sobre, sin necesidad de que yo vaya á correr las Indias? Nuestras madres dicen que Domingo está viejo y cascado; pero yo soy muchacho, y cada día me siento mas robusto. Y ¿si, duran-

te mi ausencia, les sucediese alguna desgracia, particularmente á Virginia, que de algun tiempo á esta parte anda tan triste y desazonada? Ah! eso no, eso no: no lo penseis; es imposible que me resuelva á ausentarme de su vista."

Esta respuesta de Pablo me puso en la mayor perplexidad, porque Madama de la Tour no me habia ocultado la situacion de Virginia, y sus deseos de ganar algunos años mas sobre los que ellos tenian, separando al uno del otro; cuyos motivos no me atrevia yo á descubrir á Pablo, ni era conveniente que aun los llegara á sospechar.

En estas circunstancias, recibí Madama de la Tour una carta de su tia, por una embarcacion que acababa de llegar de Francia. El temor de la muerte, sin el qual serian siempre insensibles los corazones duros, se habia apoderado del de aquella vieja, de resultas de haber salido de una grave enfermedad, la qual, degenera

rando en estenuacion, se hacia incurable por lo abanzado de su edad. El objeto de su carta se reducía en sustancia á decir á su sobrina: "que se volviese á Francia, ó que en el caso de no permitirle su salud emprender un viage tan dilatado, le enviara á Virginia, á quien pensaba dar una buena educacion y destino decente en la corte, con la posesion de todos sus bienes; y aun añadia, que en el cumplimiento de aquellas sus órdenes, consistía la continuacion de sus favores."

No bien habia acabado de leer Madama de la Tour la referida carta á la familia, quando todos se quedaron suspensos y en la mayor consternacion. Domingo y María comenzaron á llorar: Pablo, inmóvil sin saber lo que pasaba, parecia como dispuesto á enfurecerse: Virginia con los ojos fixos en su madre no se atrevia á proferir una palabra. En este estado dixo Margarita á Madama de la Tour, "Será posible que



nos dexéis al cabo de tantos años!"

"No, amiga mía, no, hijos míos, exclamó Madama de la Tour, no os abandonaré jamás! Yo he vivido con vosotros, y con vosotros quiero morir; porque no he conocido la dicha, sino en vuestra compañía. Si mi salud está deteriorada, tienen la culpa de ello los antiguos disgustos. La crueldad de mis parientes y la pérdida de mi amado esposo, me penetraron hasta lo mas intimo del alma; pero despues acá he experimentado mas satisfaccion y consuelo con vosotros debaxo de estas humildes chozas, que quantos bienes y felicidades pudieran, ni pueden prometerme en mi patria las riquezas de mi familia."

Acabando de decir estas palabras empezaron todos á verter lágrimas de gozo. Pablo arrojándose los brazos de Madama de la Tour, le decia: "No me separaré jamás de vos, ni iré á las Indias: todos trabajaremos aquí para vos, amada ma-

má, y nada os faltará en nuestra compañía." Pero la que manifestó menos alegría que los demas, sin embargo de que era la que la habia sentido mas viva, fué Virginia, la qual se conservó lo restante del día con la misma serenidad, colmándose con esto la satisfaccion de todos.

A la mañana siguiente, al salir el sol, acabando de encomendarse á Dios en comunidad, antes de ponerse á almorzar, según lo tenían de costumbre, les avisó Domingo que un señor de á caballo, seguido de dos esclavos, se acercaba á la posesion. En efecto, el tal caballero era Mr. de la Bourdonais, el qual habiéndose entrado de improviso en la cabaña, encontró á toda la familia almorzando al rededor de una mesa, donde Virginia acababa de servir café, arroz cocido en agua, batatas asadas y banáns frescas. La única vajilla de que se servian, eran cascos de calabaza, y por mantel hojas de banáno.

Manifestó el gobernador por el pronto su sorpresa viendo la pobreza de aquella familia, y dirigiéndose despues á Madama de la Tour, le insinuó que los negocios generales de su empleo le habian estorvado algunas veces de pensar en los particulares; pero que ella era acreedora á toda su atencion. "Vos teneis, Madama, añadió, una tia muy rica y distinguida en París, que os dexa por heredera de todos sus bienes, y os espera quanto antes á su lado."

Contextóle Madama de la Tour, que su salud achacosa no le permitia emprender un viage tan expuesto como largo.

"Pero á lo menos, replicó el gobernador, no podreis privar, sin injusticia, de una herencia tan crecida, á una hija tan jóven y amable, como os ha concedido el cielo. Yo no debo ocultaros que vuestra tia se ha valido de la autoridad para llevarse-la, y que á este fin me escribe, use de todas mis facultades en caso ne-

cesario. Mas como yo no las exerzo sino para hacer felices á los habitantes de esta isla, espero de vuestra voluntad solo un sacrificio de algunos años, del qual dependen el establecimiento de vuestra hija, y vuestro bien estar para toda la vida. ¿A qué se viene á las islas? ¿no es para enriquecerse en ellas? Pues ¿no será mejor y mucho mas gustoso el ir á encontrarlas en su patria?" Diciendo estas palabras y mandando á uno de sus negros dexar sobre la mesa un gran talego de pesos que llevaba, añadió: "Aquí teneis ese dinero que vuestra tia ha destinado para los preparativos del viage de la chica."

Despues comenzó á reconvenir con cortesania y atencion á Madama de la Tour, porque no habia recurrido á él en sus necesidades, aunque elogiando al mismo tiempo su valor noble y constante.

Tomó á esto Pablo la palabra, y dixo á Mr. de la Boudonais: "Se-

ñor gobernador, mi mamá ha recurrido á vos, y la habeis recibido mal."

"¿Teneis otro hijo? preguntó prontamente el gobernador á Madama de la Tour.

"No, señor, contextó ella; este es el hijo de mi amiga Margarita, y á él y á Virginia los amamos igualmente, y son para nosotros hijos comunes.

"Niño, dixo el gobernador, encarándose á Pablo, quando llegues á tener experiencia del mundo, conocerás la desgracia de los que mandan, y la facilidad con que son engañados, dando al vicio intrigante é imprudente, lo que solo pertenece al mérito que se oculta."

Convidó entonces Madama de la Tour á Mr. de la Bourdonais á almorzar, cuyo convite aceptó el gobernador sentándose á su lado, y tomando café mezclado con arroz cocido en agua, á la manera de los criollos. El qual quedó tan encantado del orden y aséo de la cabaña, de la

union edificante de las dos familias, y hasta del celo de sus ancianos criados, que dixo: "Aquí no hay sino muebles de madera, pero se ven rostros serenos, y corazones de oro."

Pablo prendado de la popularidad y llaneza del gobernador, le dixo, que deseaba ser su amigo, porque era hombre de bien; y Mr. de la Bourdonais recibiendo con gusto aquella señal de sinceridad isleña, le dió un abrazo, y apretándole la mano, le aseguró que podia contar con su amistad.

Acabado el almuerzo, llamó á parte á Madama de la Tour, y le dixo que habia ocasion en el día de enviar á su hija á Francia, en un navío que estaba pronto á hacerse á la vela: que la recomendaría á una parienta suya, que iba de pasagera en el mismo buque; y que no era cosa de abandonar una herencia inmensa por una satisfaccion de algunos años. "Vuestra tia, añadió al tiempo de partir, no podrá vivir mas de dos



años, según me escriben sus amigos; miradlo bien, y consultadlo allá para con vos, pues no todos los días se muestra risueña la fortuna. No habrá persona de juicio que no piense como yo."

Madama de la Tour le respondió, "que no deseando en este mundo mas felicidad que la de su hija, dexaría absolutamente al arbitrio del señor gobernador su partida para Francia."

Como á Madama de la Tour no la disgustaba encontrar ocasion de separar por algun tiempo á Pablo y Virginia, para proporcionarles en lo sucesivo su felicidad mútua, llamó á parte á su hija de allí á pocos días, y le habló en estos términos:

"Hija mia, ya ves que nuestros criados son ancianos, que Pablo es muy jóven, que su madre va siendo vieja, y que yo estoy muy achacosa de males: ¿qué sería de tí entre estas breñas, si yo llegáse á morir? ¿podrías resistir sola, y sin ninguna

otra persona que te ayudase, viéndote precisada á trabajar continuamente la tierra, como una muger mercenaria, para ganar el sustento diario? Ah! esta reflexion, Virginia mia, me traspasa las entrañas de dolor!"

Al oír esto Virginia, le replicó: "Dios nos ha condenado á todos al trabajo, y vos, madre mia, me habeis enseñado á trabajar, y á bendecirle cada dia. Hasta aquí no nos ha abandonado, ni nos abandonará en adelante, pues su providencia vela particularmente sobre los infelices, según millares de veces me lo habeis insinuado. No es posible que yo me determine á dexaros!"

Madama de la Tour conmovida con semejantes razones, le contextó sin detenerse: "No creas, hija mia, sea otro mi intento que hacerte feliz; y casarte algun dia con Pablo, que no es hermano tuyo: considera ahora que tienes en tu mano su felicidad y la tuya."

Con semejante confianza de una madre amorosa y compasiva, no tuvo dificultad Virginia en abrirla de par en par su corazón, declarándole sin disfraz ni rebozo, la inclinación, hasta entonces secreta de su alma; y viendo que su madre la aprobaba, y dirigía á un fin honesto con sus consejos, le ofreció nuevamente no apartarse jamás de su lado, y vivir en su compañía sin agitación en quanto á lo presente, ni temor respecto de lo futuro.

Viendo Madama de la Tour que su confianza habia producido un efecto contrario al que ella se esperaba, aseguróle que no queria violentar su inclinación, sino que deliberára maduramente y á su salvo; pero le encargó que ocultase siempre su amor á Pablo, porque, como ella decia, "quando el corazón de una doncella está cautivado, ya no le queda al amante otro sacrificio que exigir de ella."

A este tiempo se dexó entrar por

la puerta el confesor de Madama de la Tour, enviado por el gobernador para acabar de persuadirla y hacerle fuerza con sus razones, las quales se reduxeron á que era forzoso someterse á las órdenes de la providencia que tenia dispuesta hacer feliz á Virginia por aquel camino; y que supuesto que Madama de la Tour no podia emprender el viage por el mal estado de su salud, debia hacerlo sin mas dilación su hija Virginia, á fin de complacer á su tia, y mejorar al mismo tiempo su propia suerte.

Habiendo oído semejantes razones la obediente Virginia, baxó los ojos, y con voz desmayada y trémula respondió al confesor: "Si así lo dispone el cielo, á nada me opongo: hágase la voluntad del Señor, añadió, exhalando un profundísimo suspiro."

En aquel estado, me envió á decir Madama de la Tour con Domingo, le hiciese el favor de pasar á su

cabaña, pues tenia que consultarme acerca del viage de Virginia. En efecto, habiendo tratado los dos el asunto, fui de opinion que no emprendiera semejante viaje. Porque, habeis de saber que yo tengo por un principio cierto de la felicidad humana, que son preferibles los bienes de naturaleza á los de fortuna, y que no debemos ir á buscar lejos de nosotros lo que tenemos dentro de nosotros mismos; y esta máxima la extendiendo yo á todas las cosas de este mundo, sin excepcion ni diferencia.

Pero ¿qué eficacia podian tener mis consejos contra las fundadas esperanzas de una fortuna tan brillante y halagüeña? Consiguientemente Madama de la Tour solo me consultó por puro cumplimiento, y ya no fué mas dueña de deliberar por sí, desde el instante que oyó el dictamen de los dos personages que acabo de nombraros.

La misma Margarita, quien, á pesar de las felicidades que esperaba

para su hijo de la fortuna de Virginia, se habia opuesto muy seriamente á su partida, dexó de insistir sobre ello. Pablo, ignorando el partido que sus madres tomarian, estaba admirado de las conversaciones secretas de Madama de la Tour con su hija, y entregado á los impulsos de la tristeza, decia: "Algo se trama contra mí, quando tanto se recatan de que yo las oyga."

Al punto que se extendió la voz por toda la isla de que la fortuna habia visitado estas breñas, treparon á ellas mercaderes de todos géneros, que desplegaron delante de estas miserables chozas las estofas mas preciosas de la India; magníficas cotonias de Goudelour, pañuelos de Paliatate y Mazulipatán, muselinas de Dacca, bordadas, lisas, rayadas y transparentes como la luz, camisas de Surata muy blancas, indianas de todos colores y las mas raras, de fondo obscuro con ramos verdes, magníficas telas de seda de China; en suma, todas las pro-



ducciones mas exquisitas del arte, que el lujo y la industria han inventado en las quatro partes del mundo.

Quiso Madama de la Tour que Virginia comprase á su arbitrio lo que mas le agradára, y solo se encargó ella de que no la engañasen en el precio ni en la calidad del género. En efecto Virginia comenzó á elegir todo aquello que le parecia era del gusto de su madre, de Margarita y de su hijo, destinándolo todo para ellos, y nada para sí, y diciendo siempre, "esto es muy bueno para muebles, aquello para el uso de María y de Domingo." Por manera que ya se habia empleado todo el talego de pesos, y nada habia comprado de lo que necesitaba para sí, habiendo sido preciso sacar la parte que á ella le tocaba de los regalos distribuidos entre los de casa.

Pablo penetrado de dolor al ver aquellos dones de la fortuna que le presagiaban la partida de Virginia,

se presentó de allí á pocos dias en mi casa, y me dixo con tono desmayado y lastimero: "Mi hermana, sin duda va á partir, pues la veo hacer los preparativos para el viage. Ruegos pascis á nuestra posesion, y empleéis todo el ascendiente que teneis sobre el ánimo de su madre y de la mía, para que no se vaya." Movido yo de las instancias del pobre muchacho, me presté al punto á sus deseos, aunque bien persuadido de que todas mis representaciones serian completamente inútiles y desaprobadas.

Os confieso que si Virginia me habia encantado hasta entonces, con el vestido de algodón azul de Bengala y el pañuelo encarnado al rededor de la cabeza, me pareció mucho mas hechicera quando la ví engalanada al modo de las demas de este país. Llevaba un vestido de muselina blanca, forrado de tafetán color de rosa, y sus rubios cabellos trenzados en dos órdenes á la espalda, hacia la mas perfeta armonía con su vir-

ginal cabeza. Sus hermosos ojos azules rebosaban melancolía, y su corazón agitado de una pasión reprimida, comunicaba á su rostro un color animado, y á su voz dulces y penetrantes sonidos. Hasta el contraste de su vistosa gala, que ella llevaba contra todo su gusto, hacía tan interesante su languidez y desmejamiento, que nadie podía verla ni oírla sin que se sintiera enternecido y encantado.

Acrecentóse con esto la tristeza de Pablo; y afligida cada vez mas Margarita de ver la situación de su hijo, determinó, por último remedio, descubrirle el secreto que hasta entonces le habia ocultado. Llamóle, pues, á parte un día, y le dijo:

“¿A qué fin, hijo mío, alimentarte por mas tiempo de vanas esperanzas, que no habiendo de realizarse nunca, te serán despues tanto mas amargas? Ya ha llegado el tiempo de que te revele el arcano de tu vida y de la mia. Virginia es parien-

ta, por parte de madre, de una señora rica y de alto linage; y tú no eres mas que el hijo de una pobre aldeana, á quien el amor hizo cometer una flaqueza, de que tú has sido triste fruto, privándote mi culpa, ¡fatal memoria! de tu familia paterna, y mi arrepentimiento de la materna. Ay infeliz! por mi desventura y la tuya, no tienes mas parientes que yo en este mundo!” Y al llegar aquí comenzó á derramar copiosas lágrimas.

Pablo, abrazando estrechamente á su madre, procuraba consolarla diciéndole que no llorase, y que pues no tenia mas parientes que ella en este mundo, por lo mismo la amaría mucho mas en adelante. “Pero ¡qué secreto, añadió, el que acabais de revelarme! Ahora entiendo por qué hace dos meses que Virginia anda huyendo de mí, y en el día está resuelta á dexarme! Ah! sin duda me desprecia la ingrata!”

Ideó entretanto la hora de ce-

nar, y agitados todos de pasiones diferentes, comieron poco, y no hablaron palabra durante la cena. Virginia fué la primera que se levantó de la mesa, y se encaminó á este mismo sitio en que estamos, donde se sentó. Siguióla Pablo prontamente y fué á sentarse junto á ella, guardando uno y otro un profundo silencio por largo rato.

Era esto en una de aquellas deliciosas noches, tan comunes entre los trópicos, cuya belleza no es dado retratar al pincel mas diestro y amaestrado. La luna parecía que ocupaba el centro del firmamento, rodeada de nubes y celages que sus rayos iban disipando por grados, dexándose caer insensiblemente su luz sobre los picos de los montes de la isla, que brillaban con un verde plateado. Los vientos retenían su aliento, y solamente se oían en los bosques, en el hondo de los valles, y en las puntas de los peñascos, las piadas y el dulce murmurar de las avecillas, que

regocijadas con la claridad de la noche y la apacibilidad del ayre, se arrullaban en sus nidos ó nocturnas moradas. Todos, hasta los insectos, susurraban debaxo de la yerva. Las estrellas centelleaban en el cielo y reverberaban en el hondo del mar, el qual reflexaba sus imágenes tremulantes.

Recorría Virginia con ojos distraídos todo el horizonte quando avistó, á la entrada del Puerto, una luz y una sombra, que eran el fanál y el casco del navío en que habia de embarcarse para Europa, y que dispuesto á hacerse á la vela se mantenía al ancla, hasta que cesaran las calmas. A vista de esto se le conmovieron las entrañas: y volvió la cabeza á otro lado, porque no la viera llorar Pablo.

Madama de la Tour, Margarita y yo, nos habiamos sentado á pocos pasos de ellos, debaxo de los badános; y con el silencio de la noche, oímos tan claramente su conversacion,



que desde entonces nunca la he olvidado.

“He oído, Virginia, comenzó Pablo, que te vas dentro de tres días; ¿no temes exponerte á los riesgos de la mar. . . de la mar que tanto horror te causa?”

“Es forzoso, respondió ella, que obedezca á mi madre, y cumpla con lo que le debo.”

“Pero ¿será posible que nos dexes, replicó Pablo, por una parienta á quien no has visto jamás?”

“Ay de mí! exclamó Virginia: yo quería quedarme aquí toda mi vida, pero mi madre no lo ha tenido á bien. Por otra parte, me ha dicho mi confesor, que es voluntad de Dios el que yo parta, y que la vida no es mas que una continua prueba. . . . Ah! sin duda que es una prueba muy dolorosa!”

“Qué! repuso Pablo; hallas tantas razones para partir, y ninguna para quedarte? Ah! otra hay que me reservas: el atractivo de las rique-

zas es lo que te mueve. No dudo que lograrás en Francia un himenéo correspondiente á tu nacimiento, y con todas las demas circunstancias que yo no puedo ofrecerte; pero ¿adónde irás tú que seas mas feliz? ¿á qué tierra aportarás que te sea mas amada que la en que has nacido? ¿dónde encontrarás gentes mas amables que las que aquí te idolatran? ¿cómo podrás vivir sin las caricias de tu madre, á que estás tan acostumbrada? ¿qué será de la pobre vieja, quando no te vea á su lado, ni en la mesa, ni en casa, ni en el paséo donde iba apoyada siempre á tu brazo? ¿y qué será de la mía, que te ama tanto como ella? ¿qué les diré yo quando las vea llorar por tu ausencia? Ah cruel! no quiero hablarte de mí: pero ¿qué haré quando yo no te vea á la mañana, ni á la noche en nuestra compañía? Ay Virginia! permíteme á lo menos partir contigo en el mismo navío, ya que buscas una nueva suerte en un

país extranjero para tí, y otros bienes que los que te produce mi trabajo. A lo menos te animaré en las borrascas que temes tanto, y te consolaré en medio de las desgracias; y cuando yo te vea en Francia servida y adorada de todo el mundo, te haré el último sacrificio de morir á tus plantas."

Al llegar aquí le embargaron la voz los sollozos, y de allí á poco oímos la de Virginia que le decia estas palabras, interrumpidas con suspiros:

"Tú eres precisamente la causa de mi partida. . . . tú, á quien he visto diariamente encorvado baxo del peso del trabajo para sustentar á dos familias enfermas y necesitadas. Si yo he abrazado esta ocasion de ser rica, no es sino para pagarte mil veces los beneficios que hemos recibido de tu mano: ¿hay fortuna comparable á la de tu amistad? ¿A que viene hablarme de tu nacimiento? Ah! ¿si me diesen á elegir un hermano, elegiría

otro que á tí? ¡Ay Pablo, Pablo! cree á tu hermana que te habla con el corazón en las manos, y te asegura que si parte, es precisamente por obedecer á su madre, y hacerte á tí feliz."

"Yo iré contigo, Virginia, iré contigo, y no habrá quien pueda separarme de tí; exclamó entonces Pablo con gritos muy desaforados." Corrimos todos á él viéndole como fuera de sí, y Madama de la Tour le dixo: "¿Qué será de nosotras, hijo mio, si tú nos desamparas?"

Al oír aquello Pablo, repitió, como horrorizado, estas palabras: "hijo mio! . . . hijo mio! . . ." y volviéndose repentinamente á Madama de la Tour, le dixo: "¿Vos madre mia, siendo tan inhumana que separais al hermano de la hermana? Los dos hemos mamado vuestra leche, nos hemos criado en vuestro regazo, ¿y queréis ahora separarla de mí? ¿queréis enviarla á ese país bárbaro que os ha negado un asilo en vuestros infortunios, y en

tre unos parientes que con crueldad inaudita os han abandonado? No: Virginia no saldrá de aquí sin mí. ¿Quién me podrá estorvar que yo la siga? ¿Acaso el gobernador? pero no podrá impedirme el que me arroje al mar, y la siga á nado. Para mí no será mas funesto el mar que la tierra. ¡Qué crueldad de madre! el cielo permita que el océano á que la exponéis. . .

Y sin acabar de proferir lo que habia comenzado, le tomó una especie de arrebató: yo le cogí en mis brazos y le ví enteramente enagenado de cólera. Sus ojos arrojaban llamas, y un sudor frio y muy copioso corría por todo su rostro inflamado; temblábanle las rodillas, y en su pecho abultado se le sentia latir el corazón con palpitaciones duplicadas.

Asustada Virginia con aquel espectáculo, le dixo: "O amado Pablo! yo te prometo por tus males y los míos, de no vivir sino para tí, si me quedo; y si parto, de volver

algun dia para ser tuya. Sedme testigos todos los que habeis dirigido los primeros pasos de mi infancia, que disponeis de mi vida, y veis mis lágrimas. Así lo juro por el cielo que me oye, por ese mar que voy á atravesar, por el ayre que respiro, y que nunca he manchado con la menor mentira."

A la manera que el sol deshace y precipita una montaña de nieve de la cumbre del Apenino, así ni mas ni menos se dispó la furia de Pablo, inmediatamente que oyó la voz del objeto de su amor. Su cabeza antes erguida, se inclinó sobre el pecho, y un torrente de lágrimas corría de sus ojos. Su madre mezclando las suyas con las del hijo, le abrazaba tiernamente sin poder hablar, y Madama de la Tour, sin saber lo que le pasaba, me decia: "Ya no puedo sufrir mas. . . el corazón se me parte de dolor. . . este viage de mis pecados no se verificará; vecino, procurad llevaros á mi hijo. . . ocho



dias há que nadie duerme en esta casa."

Yo entonces le dixé á Pablo que se sosegase , pues á la mañana siguiente iríamos á ver al gobernador , y haríamos que Virginia se quedára : que dexase reposar á la familia , y fuese á pasar la noche á mi cabaña , pues eran ya mas de las doce. Con lo qual se dexó llevar sin la menor repugnancia , y despues de una noche muy agitada , se levantó al rayar el dia y se volvió á su cabaña.

Pero , ¿ qué necesidad hay de continuar por mas tiempo ( me dixo al llegar aquí el anciano ) la relacion de este caso ? En la vida humana solo hay un lado agradable que conocer , pues el otro se presenta obscuro y tenebroso como la parte de la tierra que no está iluminada por el sol durante la noche. Asíque , el curso rápido de nuestra vida no es mas que un día , y una parte de este dia está envuelta para nosotros en obscuridades.

Os suplico , buen amigo , le contexté , me continueis la relacion del caso que habeis empezado á contarme de una manera tan tierna é interesante. Las imágenes de la felicidad nos agradan , pero las de la desgracia nos instruyen. Contadme , pues , el paradero del infelice Pablo.

El primer objeto , continuó el anciano , que se presentó á los ojos de Pablo al volver de mi casa , fué la negra María , que estaba sobre un peñasco mirando al mar alto ; al punto que la descubrió comenzó á gritarle de lejos : " María , María ! ¿ dónde está Virginia ? "

La pobre María volvió la cabeza ácia su jóven amo , y se puso á llorar. Inmediatamente que notó Pablo las lágrimas de María , volvió atrás todo desahogado , y se encaminó al puerto apresuradamente , donde le dixerón que Virginia se habia embarcado antes del alba , y no se divisaba ya la nave desde la bahía. Con tan inesperada noticia se volvió á la

posesion, y la atravesó toda sin hablar á nadie.

Aunque esta cordillera de riscos parece, de la parte de allá, que está casi perpendicular, esas explanadas verdes que dividen su altura, son como otros tantos pisos ó gradas por donde se sube, á favor de algunas sendas fragosas, hasta el pie de aquel cono inclinado é inaccesible llamado el *POLICE*. En la basa de este cono ó pirámide, hay un llano cubierto de espesos árboles, y tan elevado, que parece como un gran bosque suspendido en los ayres, y está rodeado por todas partes de precipicios espantosos. Las nubes que la cima del *POLICE* atrae continuamente al rededor de sí, forman allí muchos arroyos que se despeñan á tal profundidad en el hondo del valle, situado á espaldas de esta montaña, que no se percibe desde la eminencia el ruido que hacen al caer sus aguas. Desde este llano se descubre una gran parte de la isla con

sus collados dominados de varios picachos, entre otros *PTERBOTH* y los *TRES-PECHOS* con todos sus bosques y valles, y enfrente el vasto océano y la isla de *BORBON*, distante como quarenta leguas al ocaso.

Allí fué á donde Pablo dirigió los primeros pasos, desde cuya eminencia divisó en alta mar la nao conductora de Virginia, como un punto negro en medio del océano. Así se estuvo la mayor parte del día sin dexar de mirarla, figurándosele que la veía, aun quando habia desaparecido, hasta que habiendose ocultado del todo entre los vapores del horizonte, tomó el partido de sentarse en aquel sitio agreste y solitario, combatido siempre de los vientos, que agitan sin cesar las cimas de las palmeras y tacamacos, cuyo susurro sordo, pero armonioso, se semeja al ruido de los órganos tocados á lo lejos, é inspira una profunda melancolia. Allí fué donde yo le hallé con la cabeza reclinada en un peñasco y los

ojos clavados en la tierra, despues de haber andado buscándole desde la salida del sol. Al principio me costó mucho trabajo el persuadirle que tornára á su cabaña; pero al fin pude conseguirlo á fuerza de instancias. Llegamos á la posesion de su madre, y lo primeró que hizo, al ver á Madama de la Tour, fué quejarse muy amargamente de que ella le habia engañado.

Madama de la Tour muy contristada, nos refirió entonces que habiéndose levantado un viento favorable entre dos á tres de la mañana, el gobernador de la isla, acompañado de varios oficiales y del confesor de quien se habló antes, habia ido á buscar á Virginia en litera; y que á pesar de sus lágrimas y razones y de las de Margarita, se habian llevado á su hija mas muerta que viva, pretextando el gobernador y los de su comitiva que aquello lo hacian por el bien de toda la familia.

Al menos, le contextó Pablo, estaria yo ahora mas tranquilo, si me hubiese despedido de ella. Yo le hubiera dicho: "Virginia, si en el tiempo que hemos vivido juntos, se me ha escapado alguna palabra que haya podido ofenderte, dime que me la perdonas antes de dexarme para siempre. Le hubiera dicho: Ya que estoy condenado á no volver á verte, á Dios, amada Virginia! á Dios! vive contenta y feliz lejos de mí!"

Y como en esto viesé que su madre y Madama de la Tour lloraban hilo á hilo: "Buscad ahora, le dixó, otro que yo que enjague vuestras lágrimas!" Y al mismo tiempo, prorrumpiendo en tristes lamentos, se ausentó de su vista, y comenzo á vagar de una parte á otra por la posesion, recorriendo todos los parages que habian sido mas queridos de Virginia, y diciendo á los corderos y cabritillos que le seguian balando: "Qué quereis de mí? ya no veréis



mas conmigo á la que os daba de comer en sus palmas !

Se encaminó despues al sitio llamado el RECREO DE VIRGINIA , y viendo á los pajaritos que revoloteaban al rededor de él , les decia : " Pobres avecitas ! ya no volvereis á ponerlos á las plantas de la que os echaba migas de pan y granos de trigo , para que no os faltase de comer ." Y viendo á LEAL que iba delante de él meneando la cola y olfateando por todas partes , dió un suspiro y dixo : " Ah ! no te canses , pobre animalito , que ya no volverás á encontrarla jamás ."

Por último , fué á sentarse en la peña donde le habia hablado la noche precedente ; y á vista del mar , en que acababa de ver desaparecer el navío conductor de la prenda de sus estrañas , lloró amargamente su desgracia .

En este estado , temiendo nosotros alguna funesta resulta de la agitacion de su alma , le seguimos á

todas partes sin perderle nunca de vista . Su madre y Madama de la Tour se valian de las expresiones mas tiernas y afectuosas , para que su dolor no degenerase en desesperacion ; y al fin logró esta última tranquilizarle un poco , dándole los nombres mas propios para animar sus esperanzas , llamándole á boca llena su hijo , su amado hijo , su yerno , para quien tenia destinada su hija .

Por aquel medio logró Madama de la Tour hacerle entrar en casa , y que tomase algun alimento . En efecto , se sentó con nosotros á la mesa , inmediato al sitio que ocupaba antes la compañera de su niñez ; y como si todavía lo ocupára Virginia , le dirijia la palabra y le presentaba los manjares que sabia le eran mas gratos ; pero inmediatamente que reconocia su ilusion , echaba á llorar muy desconsolado .

En los dias siguientes anduvo juntando todo lo que habia servido al uso particular de Virginia , como los

últimos ramilletes de flores que se puso, una taza de coco en que solia beber, y otros dijes á este tenor; y como si aquellas reliquias de su amiga, fuesen las alhajas de mas precio de la tierra, las besaba y las metia en el seno. Finalmente, conociendo que su pena aumentaba la de su madre y de Madama de la Tour, y que las necesidades de la familia pedian un trabajo continuado, se puso á ayudar á Domingo en los reparos y cultivo del jardín.

A poco tiempo, este jóven indiferente hasta entonces; como criollo, á todo lo que pasa en el mundo, me suplicó le enseñase á leer y escribir, para poder corresponderse por escrito con Virginia; y despues quiso instruirse en la geografia, para formar una idea del pais adonde iba á desembarcar: y en la historia, para conocer las costumbres de la sociedad en que habia de vivir. Sin duda que el origen del maravilloso arte de leer y escribir, se ha debido

al afecto de dos amantes ausentes, ó imposibilitados de comunicarse mutuamente sus ideas, por alguna dificultad insuperable.

El estudio de la geografia no agradó mucho á Pablo, porque en lugar de describir la naturaleza de cada país, solo trata de explicarnos sus partes y divisiones, segun su respectivo estado político. La historia, en especial la moderna, tampoco le pareció mas útil, no hallando en ella mas que desgracias generales y periódicas, cuyas causas no llegaba á penetrar. Y así, como no encontraba en su lectura mas que guerras sin motivo ni objeto, intrigas secretas, y naciones sin carácter, preferia á los libros históricos, los de novelas y aventuras; porque tratando con particularidad de los sentimientos é intereses de los hombres, le ofrecian algunas veces lances y situaciones parecidas á la suya. Por este motivo ningun libro le agradaba tanto como el Telémaco, por sus descrip-

ciones y pinturas de la vida campes-  
tre, y de las pasiones hijas del cora-  
zon humano. Muchas veces leía á su  
madre y á Madama de la Tour, los  
pasages del Telémaco que le hacian  
mas impresiones; y entonces, agitado  
de dulces memorias, se le turbaba la  
voz y lloraba amargamente. Se le fi-  
guraba, que hallaba reunidas en Vir-  
ginia la dignidad y virtud de Antio-  
pe, con las desgracias y la ternura  
de Eucharis.

Pero por otra parte, quedó en-  
teramente escandalizado, leyendo las  
novelas del día, llenas de máximas  
perjudiciales y libertinas; y quando  
supo que las tales novelas contenian  
una pintura fiel de los usos y cos-  
tumbres de las naciones de Europa,  
temió, no sin alguna apariencia de  
razon, que el corazon de Virginia  
se corrompiera y olvidára su cariño.

En efecto, se pasó mas de año  
y medio sin que Madama de la Tour  
tuviese noticias de su tia ni de su hi-  
ja, y solo por un medio extraño se

sabia que Virginia habia llegado feliz-  
mente á Francia. Ultimamente, por  
una embarcacion que pasaba á las In-  
dias, recibió una carta escrita de pro-  
pio puño de Virginia, por la qual  
conoció desde luego que vivia infel-  
líz, sin embargo de la circunspeccion  
y disimúlo con que su amable é in-  
dulgente hija se explicaba en ella.  
Tengo tan presentes casi todas las  
palabras de esta carta, por lo bien  
que pintaba en ella su situacion y  
carácter, que voy á referiros la al pie  
de la letra.

„ Mi mas querida y estimada mamá”.

“ Despues de mi llegada os es-  
cribí varias cartas de mi puño, y co-  
mo á ninguna me habeis contextado,  
me temo no hayan llegado á vuestras  
manos. Con la presente tengo mejo-  
res esperanzas, en virtud de las pre-  
cauciones que he tomado para daros  
noticia de mi persona, y recibirla  
igualmente de la vuestra.



« ¡Quántas lágrimas he derramado, amada madre mia, despues de vuestra separacion, yo que apenas habia llorado sino por los males de otros! Mi tia se quedó muy admirada á mi llegada, quando preguntándome las habilidades que tenia, le respondí que no sabia leer ni escribir: y replicándome ella, qué era lo que habia aprehendido desde que habia venido á este mundo? le contexté que solo sabia gobernar una casa, y hacer vuestra voluntad: á lo que me dixo, que me habian dado una educacion de criada.

« Al dia siguiente de mi llegada me puso en un gran colegio cerca de Paris, donde tengo maestros de todas clases, que me enseñan, entre otras cosas, la historia, la geografia, la gramática, las matemáticas y á montar á caballo; pero tengo tan poca disposicion para todas estas ciencias, que no me prometo hacer progresos con estos caballeros. Conozco que soy una pobre muger de cor-

tísimos alcances, como ellos suelen decir; sin embargo de esto, mi tia no lo lleva á mal, antes bien me asista con todo lo necesario, enviándome trages diferentes para cada estacion, y manteniendo dos doncellas destinadas á servirme, que están tan bien vestidas como las señoras de mas alto copete. Me ha hecho tomar el título de Condesa, y dexar el apellido de LA TOUR, para mí de tanto aprecio como para vos, por la relacion que me habeis hecho de los disgustos que mi difunto padre sufrió por casarse con vos; y en lugar de aquel apellido, me ha mandado usar del de vuestra familia, que tambien aprecio mucho, por ser el que vos usabais quando soltera. Viéndome en una situacion tan brillante, le he suplicado varias veces que os envíe algun socorro; mas ¿cómo haré yo para significaros su respuesta? Pero vos me habeis encargado que os diga siempre la verdad: me respondió, que un socorro moderado, para na-

da os alcanzaría , y que uno grande no haría mas que serviros de estorvo en el estado sencillo de vida que habeis elegido."

"Bien procuré al principio daros noticia de mi persona , valiéndome de agena mano para escribiros ; pero como no tenía aquí sugeto de quien poder fiarme , me he aplicado noche y día á aprehender á leer y escribir ; y Dios ha querido hacerme la gracia de conseguirlo en cortísimo tiempo. Mis primeras cartas se las confié á las criadas que me asisten , para que os las dirijieran , y tengo sobrados fundamentos para sospechar que se las han remitido á mi tia. Esta vez me he valido de una colegiala , amiga mia , y os suplico me respondais , dirijiendo á ella la carta , báxo del adjunto sobrescrito ; pues mi tia me ha prohibido toda correspondencia fuera de casa , con el pretexto de que esto perjudicaría , segun ella dice , á los altos pensamientos que tiene acerca de mí. No tengo mas

visita que la suya y la de un caballero anciano amigo de la tia , el qual , segun ella se explica , me profesa mucha aficion ; pero , á decir la verdad , yo no le profeso á él ninguna , aun quando yo fuese capaz de tenerla á alguno.

"Aunque vivo en medio de la opulencia , no puedo disponer de un maravedí. Dicen que el tener yo á mi disposicion oro y plata , me podria acarrear graves consecuencias ; y así en el centro de las riquezas , estoy mucho mas pobre , que quando vivia en vuestra compañía , porque nada tengo para poder dar á otros. Mis mismos vestidos son mas de mis doncellas , que míos , pues se los disputan antes que yo los dexe. Luego que ví que las grandes habilidades que me enseñaban , no me proporcionaban la satisfaccion de hacer el menor bien , me apliqué á la aguja , cuyo uso me habeis enseñado por dicha mia.

"Ahi os envio varios pares de

medias hechas por mi mano , para vos y para mamá Margarita , un gorro para Domingo , y uno de mis pañuelos encarnados para María ; y en el mismo paquete , van algunas semillas y pepitas de las frutas de mis colaciones , con la simiente de toda suerte de árboles , que en mis ratos de recreacion he podido recoger en el jardin y bosque de este colegio : y al mismo tiempo , la grana de violetas , margaritas , azucenas , coquiliós y escabiosas , que he cogido en los campos. En los prados de esta tierra hay flores mas bellas que en los nuestros , pero aquí no se hace ningun aprecio de ellas.

» Estoy segura de que así vos , como mamá Margarita , recibiréis mas gusto con ese saquito de simientes , que con aquel grande de pesos , que ha sido la causa de nuestra separacion y de mis lágrimas. Será para mí de la mayor satisfaccion , el que tengais mañana ú otro dia la complacencia de ver á los manzanos , crecer al lado de

los banáños , y á las hayas entretexer sus ramas con las de los cocotéros. Así os parecerá que estais en la Normandía , que tanto amais.

» Me encargasteis al partir os escribiera mis satisfacciones y mis pesares. Para mí no puede haber satisfaccion ni contento , ausente de vos ; y por lo que toca á mis penas , procuro dulcificarlas acordándome que estoy donde vos me habeis puesto por disposicion de la providencia. Pero lo que aquí mas me atormenta es que no oygo hablar de vos , ni puedo hablar con nadie de cosa vuestra ; porque quando procuro sacar la conversacion , sobre unos objetos que me son tan preciosos , me dicen mis doncellas , ó por mejor decir , las de mi tia , pues son mas suyas que mias ; « Señorita , acordaos de que sois francesa , y que debeis olvidar el país de los salvages. » Ah ! antes me olvidaré de mí misma , que olvidar la tierra en que nací , y donde vos vivís ! Este sí que es verdaderamen-